

# Cuentos Inconclusos

Srta Lucyfer



# Capítulo 1

## **Rosa Negra.**

Guardaba la maldad mas pura en lo mas profundo de un laberinto de pétalos negros y plateadas perlas de rocío. Era paciente, hermosa y perversa. Además, era una flor de costumbres. Se despertaba cada mañana con los primeros rayos del sol y agitaba el tallo para deshacerse de las sábanas de hojarasca. Luego lo estiraba hasta alcanzar la amplia ventana del tronco del árbol muerto que era su casa. Le gustaba observar su esbelto cuerpo en los charcos hasta la hora de iniciar la cacería.

Ese día, para su sorpresa, compartía su casa en el bosque con alguien, una niña de 10 años llamada Elisa. Había llegado en mitad de la noche: sucia, asustada y en camisón, y se había escondido con ella sin saber que entraba directamente en la boca del lobo.

Comenzó a enrollarse alrededor de su frágil cuello, girando sin parar y dejando que sus espinas se clavasen en la piel de la niña. Una vez dormida, no podría despertarse, el veneno lo impediría. Como había ocurrido con el árbol, este la iría matando.

Al poco tiempo, la sangre empezó a manar de las minúsculas punciones provocadas por las afiladas espinas. Gotitas rojas se deslizaban por el cuello y el tallo como hormigas hasta caer al suelo. El sol, cada vez mas alto, lanzaba destellos escarlatas del charco que se iba formando sobre la hojarasca.

Atardecía cuando dejó de respirar y su corazón finalmente se detuvo. El horizonte brillaba rojo y sangriento como el charco de sangre coagulada del suelo. Había sido una muerte lenta, de esas en las que ni siquiera te das cuenta de que te estás muriendo hasta que descubres que no puedes moverte, que todo a tu alrededor se ha vuelto negro y que lo que crees que es una pesadilla no es otra cosa que la realidad.

La niña durmió eternamente mientras su cuerpo se pudría y se esqueleto pasaba a formar parte del bosque, sin saber que había muerto, con su alma atrapada en un infinito laberinto de terciopelo y oscuridad.

## Capítulo 2

### **La calavera del diablo.**

Era una tarde de primavera, de un día de la semana cualquiera. Un niño de apenas seis años corría por un prado de alta hierba descuidada, alejándose de sus padres bajo un cielo en llamas. Las nubes tenían un hermoso tono nacarado; el sol descendía lentamente hacia el horizonte. Sin embargo, el niño no prestaba atención a nada que no fuera la extraña "piedra" que lo había hecho tropezar. De rodillas en el suelo, al lado de un arbusto de diminutos frutos rojos como la sangre que le goteaba de la herida que se había hecho al caer, comenzó a cavar como un jugueteón cachorrillo alrededor del objeto enterrado. Todo lo que podía atisbar de él era una especie de protuberancia perlada que surgía... de un cráneo.

Cuando encontró el otro cuerno, se cortó con una afilada piedrecilla en el dedo, pero no sintió el dolor, absorto como estaba en la tarea. En la mente del niño, él era un arqueólogo que había encontrado un valioso tesoro, y no podía imaginar la cara de alegría de su madre cuando se lo mostrase... O el premio que le daría por su hallazgo.

Poco después, dos cuencas vacías lo miraron desde el suelo y el niño se apartó, de repente sorprendido y horrorizado, escapando del trance febril en el que había estado sumido. Vio sus manos manchadas de tierra y sangre, llenas de arañazos, y la deforme calavera que estaba desenterrado. Había algunas huellas de dedos en el hueso blanco; por uno de los cuernos se delizaba una gota de sangre que más tarde recorrió la frente hasta introducirse por la cuenca de uno de los ojos. Y allí se quedó clavada la vista del niño. Una mirada de pronto perdida y ausente.

Alargó sus delgados brazos y tomó la calavera entre sus manos, extrayéndola de la tierra. Repentinamente tranquilo, se puso en pie y acarició el cráneo como si fuera un manso gatito con cuernos. Incluso tenía un pequeño morro, del que pendían dos largos colmillos, puntiagudos como cuchillos. No se parecía a los restos de ningún animal que hubiera visto nunca. Ensimismado, el niño giró la calavera, la alzó y la puso sobre su cabeza, colocándosela como un casco.

Al mismo tiempo, el sol tocó la línea del horizonte y una amplia cortina carmesí cubrió sus ojos. Los sonidos enmudecieron y un olor a azufre invadió sus fosas nasales. Todas las maldades que se estaban cometiendo en el mundo irrumpieron en su mente dejándole aturdido. Entonces se le ofreció una elección, dos caminos radicalmente opuestos. Y el niño escogió, ya con la inocencia perdida, continuar el trabajo de su predecesor. La calavera desapareció de su cabeza, aunque él todavía

sentía su peso.

Súbitamente, el grito de una mujer rompió el silencio y espantó al cuervo que picoteaba el suelo a su lado. El niño dió media vuelta y echó a correr hacia la voz. En sus pupilas titilaba un brillo rojo, los últimos vestigios del atardecer.

## Capítulo 3

### **Corrupto.**

En lo profundo de mi subconsciente se encuentra la esencia de mi ser. Es un conejo blanco. Ahora está agazapado en el fondo de un arbusto de zarzas, atento a cualquier ruido sospechoso. Su suave pelaje está manchado de rojo donde ha sido alcanzado por las espinas. Está herido.

Y asustada. Aovillada en la esquina, tiembla al escuchar mis pasos. Los músculos se tensan bajo su pálida piel llena de irregulares galaxias moradas.

Sus grandes orejas se mueven tratando de captar algún sonido que le diga si aquello aún le sigue. La serpiente se aproxima. La escucha arrastrar su alargado cuerpo por el suelo, reptando hacia él. Su corazón se acelera como si fuera a salirse de su pequeño pecho, bombeando sangre y miedo por todo su cuerpo. Lleva tiempo persiguiéndole. Ahora está tan cerca...

Tiene que escapar. Fuerzas de flaqueza impulsan sus músculos. Ansia de vivir. Se intenta levantar, pero sus pies descalzos resbalan en el líquido carmesí del suelo. Su cabeza golpea la pared en la caída. Un gesto de dolor atraviesa su rostro. Suplica estar inconsciente con los ojos.

Mirada impasible. Destellos amarillentos entre la espesura. Pupilas rojas. La serpiente avanza entre las espinas, inmune a ellas.

El conejo retrocede. Ha entrado en un camino sin salida. A sus espaldas se alza un alto muro de afiladas hojas y ramas. Infranqueable. Frente a él, una lengua viperina se agita, oliendo su terror.

Atrapada. Me mira con sus ojillos asustados, de conejo aterrado, desconcertado ante la cercanía de la muerte, sin comprender por qué tiene que morir.

Duda entre las espinas o los colmillos buscando una alternativa. Una salida. Su salvación.

Ella, sin embargo, ya no pelea más. Tirada en el suelo, cual maniquí viviente, resignada, me espera. Su sentencia de muerte está dos a pasos. Pero yo aún no puedo acabar con su existencia. El insignificante conejo de mi subconsciente me lo impide con su lucha por la vida. Trata de escapar del asfixiante abrazo de la serpiente. Patatea, se agita.

La esencia de mi ser está muriendo. La maldad la estrangula.

Tiemblo. Mi alma se estremece, mi corazón aumenta sus latidos, mi respiración se acelera.

El conejo, el ser inocente y puro, el bien, muere.

Y ella también. Mis dedos se enroscan alrededor de su pálido cuello. Sus pulmones se vacían, exigen oxígeno. Sus ojos, fijos en los míos, pierden el brillo de la vida.

El conejo queda como un peluche sucio en poder de la serpiente. Sus mandíbulas se curvan en una perversa sonrisa victoriosa.

Entre mis manos, el cuerpo de ella queda flácido como el de una muñeca de trapo.

Mi corazón se pudre, envenenado. El antídoto perdido para siempre dentro de la serpiente. Inalcanzable.

No hay dolor. Ni tristeza. Ni remordimientos. Tampoco indiferencia. Aún un sentimiento titila vivo en mi pecho. ¿Esperanza? Siento un latido en su fino y frágil cuello. La serpiente se enrosca en mi corazón. Aprieto. Es el último.

La miro. Ella será una de muchas. Ya no hay vuelta atrás.

Siempre fui distinto. Siempre hubo algo raro en mi, algo diferente. Algo negro reptaba bajo mi piel, débil, buscando crecer, ambicionando el poder. Ahora ese algo lo domina todo.

## Capítulo 4

### **Olvido.**

Sus manos entrelazadas. Sus ojos negros con el brillo de las estrellas. Su cabello ondeando por la brisa. Un firmamento negro, moteado de manchas blancas, sobre ellos. La espuma plateada del mar al chocar contra las rocas. El sonido del agua. El tenue olor a sal entremezclado con la fragancia que ella usa. Un suspiro. Sus labios se entreabren, sus párpados se levantan asombrados. Un amanecer. El sol comenzando su viaje por el cielo. Un nuevo brillo surgiendo en sus ojos, anaranjado. Una mirada cariñosa. Una sonrisa. Un beso. Una ola golpeando las rocas, desapareciendo para transformarse en espuma. Espuma carmesí, reflejo de los rayos del sol. Roja, como el esmalte que ella lleva. Su color favorito. Rojo, como sus labios después de comer fresas, como la sangre que corre bajo la pálida piel de sus muñecas, como la sangre que luego lo tiñó todo...

El fino hilo de la cordura se quiebra en su mente y vuelve a caer en las alucinaciones, en los sueños que se transforman en pesadillas, en los sueños que jamás verá hechos realidad, en el olvido de cada despertar.

Plop nada tranquilo en su pecera. Lleva el nombre de una burbuja al explotar, como lo que escucha Ryan cuando despierta. Sus sueños explotan igual que burbujas, con el efecto de una bomba atómica en su cerebro. Cada día que pasa, cada vez que despierta y ve al pececillo nadar, algo muere en su interior, algo se disipa para siempre, mientras él siente que el plomo de su corazón lo aplasta con cada pérdida.

El pececillo es lindo. Es pequeño y, cuando lo mira desde el otro lado del cristal, le transmite una sensación de serenidad. Por eso lo contempla todo el día, hasta que vuelve a caer dormido.

Pájaros que cantan, hojas que se agitan. Viento y manos unidas. Olor a naturaleza, a flores naciendo, a capullos abriéndose al mundo. Piel suave alrededor de la suya, dedos largos. De nuevo allí con ella. Reflejadas las nubes en sus ojos. Cielo inmenso sobre sus cabezas, azul e infinito como el mar. Hierba bailarina bajo sus pies. Colores deslumbrantes, cálidos. Un día de verano.

Recuerdos. El diario de su mente se abre. Páginas antiguas escritas con tinta casi borrada. Trazos ilegibles. Las ideas escapan de su interior y llenan la mente de Ryan. Ideas que más tarde, cuando despierte, estallarán en su cerebro destrozando su cordura. No podrá recordar que soñó. No recuerda nada. Solo hay sentimientos. Culpabilidad. Soledad. Añoranza. Sabe que antes tenía algo que le hacía feliz. Y desapareció, no

sabe cómo.

Otra vez su risa. Una caricia. Folios arrancados por un aire delirante, inexistente, vuelan lejos de su alcance. Alucinaciones. Un grito. Terror puro. Un violento despertar.

Plop le mira indiferente con unos enormes ojos indiferentes. Sus escamas poseen el color anaranjado del amanecer, sus aletas tienen el aspecto suave y delicado de la seda. O de la piel de ella. Ryan apenas se detiene un instante a tratar de detener el torrente de imágenes vívidas, luego se deja llevar por ellas al pasado, contemplándolo impotente. Es arrastrado a una corta ensoñación provocada por los tranquilizantes, que también eliminan sus recuerdos.

Amaneceres, atardeceres, el anochecer. Abrazos, caricias, un beso. El rápido paso del tiempo a su lado. Esos sueños imposibles, sus manos entrelazadas y el color de sus uñas.

Comienza a comprender, a atar cabos de cordura. Consigue atrapar algunas ideas. Las otras se escabullen como agua en el cuenco de sus manos, entre sus dedos apretados.

Un pensamiento suplicante desde la agonía: «oh, por Dios Plop, deja de mirarme así, como ella»

Mirada muerta desde agua roja.

«¿Qué te pasa, Plop? ¿Por qué flotas boca arriba? ¿Porque el agua está teñida de ese color?»

Entonces se da cuenta: ha estado llorando. Tantos meses sin poder hacerlo, encerrado en su mente, una pecera como la de Plop donde lentamente se había ido ahogando. Su cerebro colapsaba. Demasiado sufrimiento para un ser humano. Los recuerdos recuperados le destruyen el corazón en segundos. La ausencia embarga su alma de intensa pena incontenible.

Abre los ojos y lo primero que ve es la mirada muerta de Plop como lo había mirado ella. Manos ensangrentadas, lágrimas de sangre, colapso final.

## Capítulo 5

### **Suicidio de un muerto.**

Un humo blanco, como vaho en invierno, comienza a salir por mi boca. La nubecilla desaparece al chocar contra el techo y mi cuerpo queda vacío.

Hoy he despertado muerto. Me he contemplado en el espejo y este me ha devuelto una mirada hueca. Ahora comprendo que ayer lo que escapó de mi cuerpo era mi alma.

No me lavo los dientes ni peino el poco pelo que me queda, gris como el tono de mi piel. Creo que aún es pronto para que se pudra, pero ya tiene un color verdoso.

Me marché sin desayunar y sin destino. La comida ya no tiene sabor en mi boca.

Deambulo por las calles vestido a medias. Llevo la camisa del revés y no me importa. En realidad, nada me importa. No siento tristeza de estar muerto, ni alegría por no tener que ir al trabajo, ni dolor cuando mis pies descalzos pisan los cristales de una botella de cerveza rota y veo las huellas de mi sangre en la acera, ni vergüenza cuando la gente me señala.

Me siento perdido aunque conozco las calles. Recuerdo pasear miles de veces por este barrio y lo hermoso que me pareció al mudarme. Su belleza me incomoda ahora. Es una belleza amenazante que me pregunta acusadora qué hago ahí manchándola con mi fea presencia.

Necesito un lugar tranquilo donde poder descansar eternamente porque aquí, a la brillante luz del sol veraniego, asediado por el ruido del tráfico y con las miradas de la gente clavadas en mí, no puedo.

El cementerio. Por casualidad llego a él y el cadavérico mármol de las lápidas, la lúgubre figura de los árboles y las sombras que estos crean, me atraen. Es el lugar apropiado para descansar. Me gustaría estar enterrado en una de estas tumbas. No sé por qué no estoy en uno de esos ataúdes, por qué he sido castigado a vagar sin alma, como uno de esos ridículos zombis de las películas de terror. Maldito muerto en vida.

Hace una semana me ingresaron en el hospital después de que intentara colarme en un tanatorio. Estuve a punto de conseguir estar en comunión perfecta con la muerte, pero un médico me descubrió intentado encerrarme en uno de esos armarios con cajones llenos de fiambres.

Debió de resultar cómico el susto que se llevó cuando me vio semidesnudo allí tumbado, buscando la manera de cerrar el cajón y quedarme atrapado para siempre, pero los cadáveres no se ríen. No hay humor en la muerte.

Los médicos dicen que no estoy muerto y me tratan como a su nueva rata de laboratorio. Pruebas, pruebas y más pruebas. Llamadas a expertos, a reputados psicólogos, a especialistas de la mente. Y ninguno se da cuenta de que el problema no es mi mente, sino todo mi cuerpo, que se está pudriendo. Dicen que no hay gusanos que estén devorando mis entrañas pero yo los siento moverse dentro de mí; dicen que no perciben el olor de la putrefacción que cada día se hace más penetrante y persistente. Apesta, ¿cómo no pueden olerlo? Apesta a que mi cuerpo se está pudriendo y ellos lo único que hacen es someterme a más pruebas y conectarme a estúpidas máquinas. Inútil. Todo inútil. Lo mejor que podrían hacer es enterrarme.

Hace unos días, no recuerdo cuantos porque ya he dejado de contarlos y el tiempo no tiene importancia, me negué a comer. Como castigo me han clavado una aguja en el brazo de forma permanente.

Esto no puede seguir así. Estoy harto. Está claro que el mundo me odia y que no quieren que descanse como el resto de los muertos. Los médicos se aprovechan de mí para ganar fama. Se creen que no me doy cuenta de la presencia de la prensa tras la puerta de mi habitación. Cuando uno de esos fotógrafos se acerca demasiado, escucho hasta el click de su cámara. No tienen vergüenza. Y mi ex mujer no ha venido a verme en todo este tiempo. Vivo o muerto, lo mismo le da. Le importo lo suficiente para que se preocupe de que le llegue el dinero del divorcio y nada más. Sin embargo, ella no me importa. Lo que me impacienta últimamente es el día de mi entierro, que parece que nunca va a llegar. En algún momento se tendrán que cansar de mí y dejarme en paz.

Ha llegado el otoño, lo veo a través de la ventana. El entierro ya no es una opción. Claramente, no van a deshacerse de mí, su tesoro científico, su posible ascenso.

Ya me voy despidiendo de ustedes. Un año de espera. Ya es hora de que encienda el mechero antes de que llegue la próxima enfermera. He rociado mi cuerpo con alcohol, de ese que usaban para curar las heridas que me hacía al rascarme intentando atrapar a los gusanos que se alimentaban de mí, y arderé rápido. Los extintores están atascados, lo

acabo de comprobar.

En vida, no me habría agradado la idea de la incineración. Demasiado cercana al infierno, al diablo. Ahora es mi única salida. Puede que sepulsen mi cuerpo negro bajo tierra, en un bello y cómodo ataúd, una vez hayan logrado apagar liberarlo de las llamas. Aún estando muerto me gustaría que lo hicieran. Tengo esa esperanza.

Adiós, adiós, y gracias por escuchar los lamentos de un muerto en vida, de un enfermo mental, como decían los médicos. Qué sabrán ellos, que se ocupan de mantener a salvo la vida. Yo era su paciente muerto.

## Capítulo 6

### **La esperanza del piano.**

Al fin, el piano se había quedado mudo. Después de años y años de susurrarle historias a la casa abandonada, sus teclas habían enmudecido definitivamente.

No se sentía triste por haberse quedado sin voz. Estaba cansado. Se moría. Estaba pudriéndose, pero no era la tristeza lo que lo carcomía, sino la desesperanza.

Ahora que solo le quedaban unos minutos de vida, recordó el día en que lo fabricaron. El suave barniz con el que lo cubrieron, el tenue olor a bosque cuando se abría su tapa, el melodioso sonido que surgió de sus teclas cuando su creador lo puso a prueba. Lo definió como perfecto, su obra maestra. Y no tardó en ser comprado.

Su dueño, un famoso músico, le llevó a conciertos. Juntos alcanzaron más y más fama, podían interpretar hasta la pieza más complicada sin ningún error. Al piano le encantaba escuchar los aplausos del público al final de cada obra y sentir como los dedos de su dueño acariciaban la tapa como gesto de agradecimiento y felicitación por otro concierto insuperable.

Tras su muerte, el piano pasó a ocupar un modesto lugar en el salón de la mansión de la familia. Desde allí vio pasar generaciones y generaciones. Niños que conservaban en sus rostros vestigios de su primer dueño pasaban los dedos por sus teclas, pero esos dedos no tenían la gracia y la soltura al tocarlo que la que había tenido él.

Luego pasó algo, y la casa se quedó vacía.

El piano esperó y esperó hasta que el polvo cubrió los cristales de la ventana, impidiéndole ver como pasaban las estaciones por el jardín y como la maleza se iba apoderando de él. La pintura de las paredes comenzó a quebrarse y caerse, la humedad creó goteras en el techo, la madera de los muebles fue la primera en pudrirse; pero él continuó ahí, en su esquina del salón, cual monumento prehistórico, imperturbable al paso del tiempo.

En ocasiones, niños curiosos y con las manos sucias venían a aporrear sus teclas, haciéndole emitir arrítmicas canciones que le desagradaban.

Años después llegó él, el nuevo inquilino de la casa. Le había escuchado vagar por las otras habitaciones hasta que se encontraron. El extraño le miró con sus ojos verdes, maulló y, a mordiscos y zarpazos, se hizo un hueco entre sus cuerdas. El gato, como un parásito, comenzó a vivir

dentro del piano.

Vivieron juntos varios inviernos conviviendo en una armonía desigual, pues el gato, poco a poco y sin darse cuenta, iba matando al piano. Mientras, el instrumento iba conociendo la historia del animalillo y descubrió, con sorpresa y compasión, que ambos tenían un capítulo en común: ambos habían sido amados, abandonados y olvidados.

Los niños dejaron de ir a la casa. Se rumoreaba que estaba embrujada y que el viejo y desafinado piano tocaba sólo, poseído por algún alma en pena. Sin embargo, era el gato, al mordisquear sus cuerdas, el que le hacía emitir esos sonidos, semejantes a los lamentos de un ser moribundo.

Al romperse la última cuerda, el piano supo que ya no volvería a dar ningún concierto, ni a escuchar los cálidos aplausos del público. Las bisagras oxidadas de su tapa cedieron lentamente a la vez que su única esperanza se perdía.

Con un golpe seco, la tapa se cerró, atrapando al gato para siempre. Un maullido surgió del interior del cadáver del piano mudo como un desesperado acorde, extinguiéndose entre las paredes de la casa sin que nadie lo escuchara.

## Capítulo 7

### **El hombre que saludaba**

Estaba allí. Su silueta se recortaba en medio de la calle. Agitaba la mano en silencio, tratando de llamar mi atención. No decía nada, solo movía su mano. Derecha, izquierda, derecha, izquierda; como el péndulo de un reloj, siniestro e hipnótico.

Las farolas parpadearon, todas a la vez. Durante un segundo la oscuridad fue completa. Después, el hombre había desaparecido. Pero no se había marchado. Seguía allí, entre las sombras, acechando.

Apareció de nuevo en mi ventana, una noche. La luna lo iluminaba, proyectando su figura en la pared, saludándome.

Cuando me atreví a girarme, no estaba en la ventana, ni en la pared.

El viento aullaba fuera. Hasta entonces no lo había oído por los violentos latidos de mi corazón. Ahora lo escuchaba como un lamento fúnebre.

Encendí la luz. Los fantasmas desaparecieron con el destello de la lámpara. Cerré los ojos, deslumbrada. Tras mis párpados, en la oscuridad rojiza, pude verle agitando su brazo imperturbable, llamándome o despidiéndose de mi.

Abrí los ojos y la puerta de mi habitación. El pasillo parecía exageradamente largo y oscuro. Al encender la luz volvió a su longitud normal.

Esta era mi casa, donde había vivido siempre. Nada malo iba a ocurrir. Sin embargo, mi imaginación desbordada contradecía toda lógica, creando seres monstruosos bajo mi cama o aguardándome en la esquina del pasillo, allí donde no los podía ver.

Crucé el pasillo apresuradamente, con los dientes apretados, la respiración contenida y el corazón en un puño.

Llegué al baño. Me miré al espejo. Estaba pálida y ojerosa. Llevaba varios días sin dormir.

Abrí el grifo, bajé mi cara hacia el lavabo. El agua fría se llevó el miedo por el desagüe pero, al volver a alzar la cabeza, él estaba ahí, en el espejo, y ya no era una sombra sino algo tangible. Escuchaba su respiración entrecortada y su aliento podrido y helado en mi nuca.

Sabía que desaparecería si me giraba, como siempre había hecho; solo que esta vez no podía moverme. Sus manos treparon por mis hombros. Su tacto repulsivo me hizo temblar. Sus dedos, como raíces de árbol, se enrollaron en mi cuello y comenzaron a estrangularme. Notaba como mi garganta se cerraba bajo la presión, sentía como mis pulmones ardían por la falta de oxígeno.

Puntitos de colores nublaron mi visión, pero no evitaban que le mirara a los ojos mientras me asfixiaba. Esos ojos, que brillaban con un placer y una maldad inimaginables, serían lo último que vería.